

FLORENTINO PEREZ-EMBED

José Antonio Calderón Quijano

No quería escribir este artículo que me da vueltas en el pensamiento desde hace días, pero no he podido reprimirme. Y me acojo a la hospitalidad de «ABC» de Sevilla, en el que he colaborado desde 1942, por invitación entonces de un viejo amigo: Jesús Saiz.

No voy a intentar hacer recuento ni mención de los conocidos méritos que tuvo Florentino como impulsor de nuestro pensamiento cultural desde que se fue a Madrid, allá por el año 43. Ni tampoco de su amplia labor científica, de la cual dan cumplido testimonio la infinidad de sus obras y publicaciones. Ni siquiera de su labor en Bellas Artes, que tiene a Sevilla entera como testigo de mayor excepción. Ni de otros muchos aspectos que pudiera omitir, no voluntariamente, sino

porque es ímproba y laboriosísima la tarea de recoger toda su obra publicada, que va desde el incremento dado a «Arbor», revista de síntesis e interpretación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pasando por sus *Textos sobre España* y el impulso dado al centenario de don Marcelino, hasta su colaboración en revistas de pensamiento, extranjeras, como «La Table Ronde», o nacionales, como «Atlántida», y las varias enciclopedias españolas que dirigió, avalorándolas con sus colaboraciones, hasta llegar a esa importantísima colección de artículos político-culturales aparecidos en «ABC» hasta la víspera de su muerte.

Nada de eso me interesa destacar ahora. Conocí a Florentino el año 39, cuando éramos estudiantes de la Facultad de Letras, en el segundo patio del viejo edi-

Con el autor de este artículo.





Discurso inaugural del IX Congreso Internacional de Historia Marítima (Sevilla). Septiembre 1967.

ficio de la calle Laraña, que él ha querido renovar con todo acierto y cariño. Recuerdo ahora las reuniones culturales que recién terminada la carrera teníamos por iniciativa suya en el salón de lectura de la antigua Biblioteca Provincial y Universitaria. De ellas pueden aún dar fe dos amigos: Arturo San Martín y Juan Infante-Galán, porque Manolo Hidalgo, también asiduo, precedió a Florentino hace unos años en el trance que ahora, con gallardía, y sin perder las ilusiones de aquellos tiempos, acaba de atravesar. Desde entonces mantuvimos una amistad constante, sin altibajos, basada en la profesión común y en una gran identidad de puntos de vista de los que él, satisfecho y cariñoso, hacía siempre mención en nuestros últimos encuentros, como suelen hacer los viejos amigos que se dan cuenta de que ya ha pasado la mayor parte de su tiempo y se han superado contingencias de todo tipo, enorgulleciéndose de esa virtud que es tan difícil de mantener a lo largo de una vida.

Pero tampoco es ésta la finalidad de estas líneas. Tuve la suerte de sellar su amistad y hombría de bien al reunirnos a comer el último día que salió a la calle, cuando no hace más que una semana nos presidía en un tribunal de oposiciones.

Quiero ahora dejar testimonio de cuatro constantes de Florentino, que conocí inmutables a lo largo de esos treinta y cinco años. Y ellas con todas sus características personales de sinceridad, inteligencia y pasión. Su fe en Dios, su amor a España, su lealtad a los principios del 18 de Julio y sus servicios a la Monar-

quía. Todo ello con inalterable ejemplaridad, ilusión y denodado esfuerzo. En estos ideales consumió su vida, aun en los últimos tiempos, en que médicos y amigos, sabiendo que estaba herido de muerte, le aconsejábamos mayor sosiego. Pero no podía hacerlo. Y no porque fuera político en el sentido de ambición de mando que algunos quisieron ver en él. Sino porque como hombre trascendido en una ideología, sabía que ésta sólo podía abandonarse con la muerte.

Quiero recordar aquí, como le comenté en esa última comida, la contundencia de los artículos de un gran escritor y amigo suyo, que deja constantes pruebas de su excepcional formación, y de la precisión de su pluma. «Pero no da salidas, y en política hay que darlas siempre», me dijo. Sin que la respuesta fuera pragmática, qué razón tenía, y qué claridad y visión de los problemas en este hombre que ha conocido como ninguno el panorama cultural y político español de los últimos treinta años.

Difícil es resignarse a ver desaparecer, de la noche a la mañana, a un amigo y a un contemporáneo en edad y coincidencia vocacional en la profesión, lleno de inteligencia, de ilusiones y de ideas.

Pero él fue sobre todo un católico, que supo condicionar a su fe las otras tres constantes fundamentales de su vida que señalaba yo antes. Y ahora no me queda más que recordar lo que ya en otra ocasión escribí de otro maestro, formado también antes que nosotros en ese segundo patio de la Facultad de Letras, y que supo mantener inalterables, contra viento y marea,

FLORENTINO PEREZ-EMPID

sus principios confesionales. Citaba yo entonces las palabras de san Pablo, que tienen una actualidad única al referirme a Florentino, pues son compendio y espejo de su vida y de su obra: «He luchado con brío; he concluido la carrera; he guardado la fe. Para el futuro ten-

go guardada la corona de la justicia que me dará el Señor como justo juez; y no sólo a mí, sino a todos los que esperan su venida.»

(«ABC», Sevilla, 29 de diciembre de 1974.)